

Una novela corta de la serie LA SELECCIÓN de Kiera Cass

EL



PRÍNCIPE

KIERA CASS

Lectulandia

El príncipe Maxon, como nunca lo habíamos visto, antes de la Selección y, también, antes de conocer a America Singer.

La víspera de su cumpleaños, Maxon se da cuenta de que la Selección, que le parecía tan estimulante, es, ahora, muy intimidante. Cuando se confiesa con su amiga de toda la vida Daphne, la princesa francesa, queda sorprendido por su respuesta: ella lleva mucho tiempo enamorada de él y lo que de verdad le gustaría es poder optar a ganarse el corazón del príncipe, algo que el proceso de la Selección hace imposible.

La agria discusión con Daphne y las acusaciones que esta le lanza provocan que Maxon se plantee algunas cuestiones: ¿será verdad que tenía el amor al alcance de la mano y no se dio cuenta? ¿Y si no tiene la capacidad de sentir una emoción tan profunda?

Sin embargo, la noche antes de que la competición empiece de verdad conocerá a America Singer. Le pilla desprevenido la antipatía que la chica parece sentir por él y se toma a broma lo brutalmente sincera que es, pero eso no hace más que aumentar su curiosidad por ella. En *El Príncipe*, accedemos al corazón de Maxon, vemos su humildad, sus miedos y su humor y habilidad para no tomarse en serio a sí mismo al mismo tiempo que empezamos a entender las razones que hacen que se enamore de America.

Lectulandia

Kiera Cass

El Príncipe

Selección 1.5

ePub r1.0

macjaj 19.11.13

Título original: *The Prince*

Kiera Cass, 2013

Traducción: Jorge Rizzo

Editor digital: macjaj

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Caminé arriba y abajo, intentando sacudirme la ansiedad del cuerpo. Cuando la *Selección* era algo distante —una posibilidad para el futuro— parecía emocionante. Pero ahora..., ahora no estaba tan seguro de que lo fuera.

Ya se había realizado la criba, y se habían comprobado las cifras varias veces. Habían redistribuido al personal del palacio, se habían hecho todos los preparativos de vestuario y las habitaciones para nuestras nuevas invitadas estaban a punto. El momento se acercaba, emocionante y aterrador al mismo tiempo.

Para las chicas, el proceso había empezado en el momento en que habían rellenado sus solicitudes —y debían de haber sido miles las que lo hicieron—. Para mí, comenzaba esa noche.

Tenía diecinueve años. Ya estaba en edad de prometerme.

Me detuve frente al espejo y comprobé de nuevo la corbata. Esa noche habría más ojos de lo habitual puestos sobre mí, y tenía que dar el aspecto del príncipe seguro de sí mismo que todos esperaban. Estaba preparado, así que me dirigí al estudio de mi padre.

Saludé a los asesores y a los guardias con la cabeza. Era difícil imaginar que al cabo de menos de dos semanas aquellos pasillos se llenarían de chicas. Golpeé la puerta con los nudillos, decidido, tal como me había enseñado mi padre. A veces me daba la impresión de que siempre tenía algo que corregirme.

«Llama con autoridad, Maxon».

«Deja de pasear arriba y abajo, Maxon».

«Sé más rápido, más listo, mejor, Maxon».

—Pasa.

Entré en el estudio, y él apenas levantó los ojos para mirarme.

—Ah, por fin. Tu madre llegará enseguida. ¿Estás listo?

—Por supuesto —respondí. No había ninguna otra respuesta aceptable.

Alargó la mano y cogió una cajita. Me la puso delante, encima de su mesa.

—Feliz cumpleaños.

Le quité el papel plateado, que dejó al descubierto una caja negra. En el interior había unos gemelos. Probablemente estaba demasiado atareado como para recordar que ya me había regalado unos en Navidad. Quizás aquello viniera con el cargo. A lo mejor yo también le regalaría a mi hijo lo mismo dos veces cuando llegara a ser rey. Aunque, por supuesto, para eso primero tendría que buscarme una esposa.

Esposa. Jugueteé con aquella palabra entre los labios sin decirla en voz alta. Resultaba demasiado ajena a mi mundo.

—Gracias, padre. Me los pondré hoy mismo.

—Esta noche tienes que ofrecer tu mejor imagen —dijo él, dándose el último repaso ante el espejo—. Todo el mundo estará pendiente de la *Selección*.

Esboqué una sonrisa tensa.

—Yo también —repuse. No sabía si decirle lo nervioso que estaba. Al fin y al cabo, él había pasado por aquello. En algún momento también habría tenido sus dudas.

Evidentemente, los nervios se reflejaban en mi cara.

—Sé positivo, Maxon. Se supone que esto tiene que ser emocionante.

—Y lo es. Solo que me asombra lo rápido que está sucediendo todo —respondí, concentrado en pasarme los gemelos por los ojales de los puños.

Mi padre se rio.

—A ti te parece que pasa rápido, pero para mí han sido años de preparación.

Levanté la vista, frunciendo el ceño.

—¿A qué te refieres?

La puerta se abrió, y entró mi madre. Como era habitual, a mi padre se le iluminó la cara al verla.

—Amberly, estás imponente —dijo, yendo a recibirla.

Ella sonrió, como siempre hacía, como si no pudiera creerse que la gente se fijara en ella, y le dio un beso.

—No demasiado imponente, espero. No querría robarle el protagonismo a nadie. —Dejó a mi padre, se acercó y me dio un fuerte abrazo—. Feliz cumpleaños, hijo.

—Gracias, mamá.

—Tu regalo viene de camino —me susurró, y luego se giró hacia mi padre—. ¿Estamos listos, entonces?

—Por supuesto —contestó. Le tendió el brazo, ella se agarró a él y yo salí detrás. Como siempre.

—¿Cuánto tiempo falta aún, alteza? —me preguntó un reportero.

La luz de las cámaras de vídeo me calentaba la cara.

—Los nombres se harán públicos este viernes, y las chicas llegarán el viernes siguiente —respondí.

—¿Está nervioso, señor?

—¿Ante la idea de casarme con una chica a la que aún no conozco? No, es algo que hago cada día —respondí, con una mueca, y los presentes soltaron algunas risas.

—¿No le crea tensión, alteza? —preguntó alguien.

Dejé de intentar asociar cada pregunta con un rostro. Me limité a responder en la dirección de donde venía la pregunta, con la esperanza de acertar.

—Al contrario, estoy muy ilusionado.

Muy ilusionado, más o menos.

—Sabemos que hará una elección estupenda, señor —oí, y el flash de una cámara

me cegó.

—¡Aquí, aquí! —dijeron otras voces.

Me encogí de hombros.

—No sé. Una chica que se conforme con ser mi esposa desde luego no puede estar en su sano juicio.

La gente se rio de nuevo, y me pareció que aquel era un buen momento para dejarlo.

—Perdónenme, pero tengo a familiares de visita y no quiero ser maleducado con ellos.

Les di la espalda a los reporteros y a los fotógrafos, y respiré hondo. ¿Iba a ser así toda la noche?

Pasé la mirada por el Gran Salón —las mesas cubiertas con manteles azul oscuro, las luces que brillaban con fuerza, realzando el esplendor de la sala— y tuve claro que no había escapatoria. Dignatarios en una esquina, periodistas en otra... No había ningún sitio donde pudiera estar tranquilo. Teniendo en cuenta que yo era el homenajado, me habría gustado tener algo que decir en todo aquello. Pero no parecía que las cosas funcionaran así.

En cuanto conseguí escapar de la multitud, el brazo de mi padre me rodeó la espalda y me agarró por el hombro. El repentino contacto y su presencia me pusieron tenso.

—Sonríe —ordenó, entre dientes, y yo obedecí, mientras él saludaba en dirección a algunos de sus invitados más distinguidos.

Mi mirada se cruzó con la de Daphne, que había venido de Francia con su padre. Afortunadamente, la fiesta coincidía con un momento en que nuestros respectivos padres tenían que hablar sobre el vigente acuerdo comercial entre ambos países. Al tratarse de la hija del rey de Francia, nuestros caminos se habían cruzado varias veces, y quizá fuera la única persona ajena a mi familia con la que había tratado con cierta asiduidad. Era agradable encontrar un rostro familiar en la sala.

La saludé con la cabeza, y ella levantó su copa de champán.

—No puedes responder a todo con tanto sarcasmo. Eres el príncipe. La gente necesita ver en ti a un líder. —La mano de mi padre me agarraba el hombro con una presión innecesaria.

—Lo siento, padre. Es una fiesta, así que pensé...

—Bueno, pues pensaste mal. Cuando llegue el *Report*, espero que te tomes esto en serio.

Se detuvo y se me puso delante, mirándome con sus ojos grises y firmes.

Sonreí de nuevo, consciente de que era lo que él quería, de cara al público.

—Por supuesto, padre. No sé en qué estaría pensando.

Él dejó caer el brazo y se llevó una copa de champán a los labios.

—Últimamente parece que te pasa mucho.

Me arriesgué a echar una mirada a Daphne y puse los ojos en blanco, con lo que le arranqué una risa. Entendía perfectamente lo que sentía. La mirada de mi padre siguió la trayectoria de la mía hasta el otro extremo de la sala.

—Esa chica siempre tan mona... Lástima que no pueda entrar en el juego.

Me encogí de hombros.

—Es muy agradable. Pero la verdad es que nunca he sentido nada por ella.

—Bien. Eso habría sido una estupidez extraordinaria.

Hice caso omiso de la pulla.

—Además, no veo la hora de conocer cuáles son mis opciones reales.

Mi padre aprovechó el envite y siguió con lo suyo:

—Ya va siendo hora de que tomes decisiones, Maxon. Decisiones importantes. Estoy seguro de que crees que mis métodos son muy severos, pero necesito que te des cuenta de lo importante de tu posición.

Contuve un suspiro. «He intentado tomar decisiones. Pero tú no confías en mí y no me dejas», pensé.

—No te preocupes, padre. Me tomaré muy en serio la tarea de elegir esposa —respondí, esperando que mi tono le diera cierta confianza.

—No se trata únicamente de encontrar a alguien con quien te lleves bien. Por ejemplo, Daphne y tú. Sí, es muy graciosa, pero no valdría para nada —sentenció. Dio otro sorbo a su copa y saludó con la mano a alguien a mis espaldas.

Una vez más, controlé mi reacción. No me gustaba la deriva que estaba tomando la conversación, así que metí las manos en los bolsillos y eché un vistazo al panorama.

—Quizá debería dar una vuelta.

Él me dio permiso con un gesto de la mano, volvió a centrar su atención en la copa y yo me alejé rápidamente. Por mucho que lo intentara, no entendía el porqué de todo aquello. No tenía ningún motivo para ser maleducado con Daphne, cuando ella ni siquiera era una opción.

El Gran Salón bullía de actividad. La gente me decía que toda Illéa estaba esperando aquel momento: la emoción de tener una nueva princesa, la esposa del príncipe y futuro rey... Por primera vez, sentí toda aquella energía y me preocupó la posibilidad de que acabara aplastándome.

Estreché manos y acepté educadamente regalos que no necesitaba. Le pregunté a uno de los fotógrafos por su objetivo y besé mejillas de familiares y amigas, y también las de unas cuantas completas desconocidas.

Por fin conseguí quedarme solo un momento. Eché un vistazo a la multitud, seguro de que pronto me saldría alguna obligación. Mis ojos se cruzaron con los de Daphne, y ella se dirigió hacia mí. Yo no veía el momento de disfrutar de una

conversación distendida, pero eso tendría que esperar.

—¿Te diviertes, hijo? —preguntó mi madre, que se cruzó en mi camino.

—¿Da la impresión de que me divierto?

—Sí —repuso ella, pasándome la mano por el traje, que ya estaba impecable.

Sonreí.

—Pues eso es lo que importa.

Ladeó la cabeza mostrándome una sonrisa amable.

—Ven conmigo un segundo.

Le tendí el brazo, al que se sujetó encantada, y los dos salimos al pasillo entre los clics de las cámaras.

—¿No podemos hacer algo más íntimo el año que viene? —pregunté.

—No creo. Para entonces lo más probable es que ya estés casado. Probablemente tu esposa querrá montar una gran celebración, en ocasión de tu primer cumpleaños a su lado.

Fruncí el ceño, algo que podía hacer ahora que estábamos solos.

—A lo mejor a ella también le gustan las cosas tranquilas.

Ella soltó una risita.

—Lo siento mucho, cariño, pero cualquier chica que se presente a la *Selección* desde luego no será de las que buscan tranquilidad.

—¿Tú no lo eras? —pregunté. Nunca hablábamos de cómo había llegado ella al palacio. Era una extraña línea divisoria entre nosotros, pero a mí me fascinaba: yo había crecido allí, pero ella había decidido venir.

Se detuvo y se me puso delante, con una expresión cálida en la cara.

—Me enamoré del rostro que vi en televisión. Soñaba despierta pensando en tu padre, al igual que miles de chicas sueñan contigo.

Me la imaginé como la jovencita de Honduragua que debía de ser, con el pelo recogido en una trenza mientras veía la televisión. Me la imaginaba suspirando cada vez que intentaba hablar.

—Todas las chicas sueñan con ser princesas —añadió—. Que de pronto les cambie la vida y llevar una corona... Es todo lo que podía pensar la semana antes de que escogieran los nombres de las finalistas. No me daba cuenta de que era mucho más que eso. —De pronto se puso un poco triste—. No podía ni imaginarme la presión a la que me vería sometida, ni la poca intimidad que tendría. Aun así, casarme con tu padre y tenerte a ti —añadió, acariciándome la mejilla— supone ver cumplidos todos esos sueños.

Se me quedó mirando fijamente, sonriendo, pero vi que las lágrimas se le acumulaban en las comisuras de los párpados. Tenía que hacer que siguiera hablando.

—¿Así que no te arrepientes de nada?

Negó con la cabeza.

—De nada. La *Selección* me cambió la vida, y del mejor modo posible. De eso es de lo que quería hablarte.

Hice una mueca.

—No estoy seguro de entenderte.

Ella suspiró.

—Yo era una Cuatro. Trabajaba en una fábrica. —Estiró las manos—. Tenía los dedos secos y agrietados, y la suciedad se me acumulaba bajo las uñas. No contaba con influencias ni estatus, nada que me hiciera digna de convertirme en princesa..., y, sin embargo, aquí estoy.

Me la quedé mirando, no muy seguro de qué quería decir.

—Maxon, este es mi regalo: te prometo que haré todos los esfuerzos posibles para ver a esas chicas a través de tus ojos. No desde la mirada de una reina, ni siquiera con los ojos de tu madre, sino de los tuyos. Aunque la chica que elijas sea de una casta muy baja, aunque los demás piensen que no vale nada, siempre escucharé tus motivos para quererla. Y haré todo lo que pueda por apoyarte.

Tras una pausa, lo comprendí:

—¿Padre no tuvo esa ayuda? ¿No contaste tú con ella?

Mamá levantó la cabeza.

—Todas las chicas tendrán sus pros y sus contras. Ciertas personas decidirán subrayar lo peor de algunas y lo mejor de otras, y no serás capaz de entender su estrechez de miras. Pero yo estaré a tu lado, cualquiera que sea tu elección.

—Siempre lo has estado.

—Es verdad —dijo ella, cogiéndome del brazo—. Y ya sé que muy pronto voy a quedar en segundo plano tras otra mujer, como es natural, pero mi amor por ti no cambiará nunca, Maxon.

—Ni el mío por ti —respondí, esperando que notara la sinceridad de mis palabras. Era imposible que dejara de adorarla.

—Lo sé. —Y, con un leve gesto de la cabeza, indicó que debíamos volver a la fiesta.

Cuando entramos en la sala, entre sonrisas y aplausos, me quedé pensando en las palabras de mi madre. Era increíblemente generosa, más que cualquier otra persona que conociera. Aquel era un rasgo que debía hacer mío. Si aquel era su regalo, seguro que sería más necesario de lo que a priori parecía. Mi madre nunca hacía un regalo sin pensárselo antes.

Capítulo 2

La gente se quedó mucho más rato de lo que yo habría considerado apropiado. Supuse que aquel sería otro sacrificio inherente al privilegio: nadie quería que una fiesta celebrada en el palacio acabara. Aunque la gente que vivía allí deseaba justo lo contrario, que terminara cuanto antes.

Había dejado al dignatario de la Federación Germánica, que estaba muy borracho, al cuidado de un guardia; había dado las gracias a todos los asesores reales por sus regalos; y había besado la mano prácticamente de todas las damas que habían atravesado las puertas del palacio. A mi modo de ver, ya había cumplido con mi deber, y solo quería pasar unas horas en paz. Pero cuando me dispuse a escapar de los asistentes rezagados, un par de ojos azul oscuro se interpusieron en mi camino.

—Has estado evitándome —dijo Daphne, con voz juguetona y aquel acento que me hacía cosquillas a los oídos. Siempre hablaba con aquella entonación musical.

—En absoluto. Es que hay algo más de gente de la que me esperaba —respondí, echando la mirada atrás, al puñado de personas que aún pretendían contemplar la salida del sol a través de los ventanales del palacio.

—A tu padre le gusta montar buenos espectáculos.

Me reí. Daphne se refería a cosas que yo jamás me atrevía a decir en voz alta. Y eso a veces me ponía nervioso. ¿Hasta dónde veía en mi interior?

—Creo que esta vez se ha superado.

—Solo hasta la próxima —replicó ella, encogiéndose de hombros.

Nos quedamos allí en silencio, aunque tenía la sensación de que quería decirme algo más. Se mordió el labio y me susurró:

—¿Podría hablar contigo en privado?

Asentí, le ofrecí el brazo y la llevé hasta una de las salas que había siguiendo el pasillo. No dijo nada por el camino, como si estuviera ahorrándose las palabras hasta que las puertas se cerraran a nuestras espaldas. Aunque hablábamos en privado a menudo, aquella manera de actuar me estaba poniendo algo nervioso.

—No has bailado conmigo —dijo, como si estuviera dolida.

—No he bailado con nadie.

Esa vez mi padre había insistido en traer a músicos que tocaran composiciones clásicas. Aunque los Cincos tocaban muy bien, su música se prestaba más a bailes lentos. Quizá, si hubiera querido bailar, habría decidido hacerlo con ella. Pero tampoco era la mejor ocasión, ahora que todo el mundo me hacía preguntas sobre mi futura y misteriosa esposa. Daphne suspiró y empezó a caminar por la sala.

—Me han organizado una cita para cuando vuelva a casa —anunció—. Frederick, se llama. Lo he visto antes, claro. Es un jinete excelente, y muy guapo. Tiene cuatro

años más que yo, y ese es uno de los motivos por los que le gusta a papá.

Me miró por encima del hombro, con una leve sonrisa en el rostro. Le respondí con una mueca sarcástica.

—Y claro, sin la aprobación de nuestros padres, no podríamos vivir.

Soltó una risita divertida.

—Por supuesto. No sabríamos qué hacer.

Yo también me reí, contento de tener a alguien con quien bromear. A veces era el único modo de afrontar todo aquello.

—Pero sí, a papá le parece muy bien. Aun así, me pregunto... —Bajó la mirada al suelo, mostrándose tímida de repente.

—¿Qué te preguntas?

Se quedó allí un momento, con la mirada puesta en la alfombra. Por fin levantó la vista y fijó aquellos ojos de un azul profundo en los míos.

—¿A ti te parece bien?

—¿El qué?

—Frederick.

—En realidad no puedo opinar, ¿no? No lo conozco.

—No —dijo ella, bajando la voz—. No la persona, sino la idea. ¿Te parece bien que quede con ese hombre? ¿Y que quizá me case con él?

Su expresión era pétrea, y escondía algo que yo no entendía muy bien. Me encogí de hombros, extrañado.

—No me corresponde a mí dar mi aprobación. Casi no te corresponde ni a ti —añadí, algo triste por ambos.

Daphne se retorció una mano con la otra, como si estuviera nerviosa, o como si le doliera algo. No entendía qué era lo que estaba sucediendo.

—Entonces, ¿no te preocupa nada? Porque si no es Frederick, será Antoine. Y si no es Antoine, será Garron. Hay una colección de hombres esperándome, y con ninguno de ellos tengo la amistad que comparto contigo. Pero con el tiempo deberé tomar a uno de ellos como marido. ¿A ti no te importa?

Aquello era realmente triste. Apenas nos veíamos más de tres veces al año. Y también podría decirse que era mi amiga más próxima. Los dos éramos patéticos.

Tragué saliva, buscando qué decir.

—Estoy seguro de que todo se arreglará.

No obstante, sin previo aviso, las lágrimas empezaron a surcar el rostro de Daphne. Miré a mi alrededor, intentando buscar una explicación o una solución, cada vez más incómodo.

—Por favor, dime que no vas a seguir con esto, Maxon. No puedes —me rogó.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, desesperado.

—¡La Selección! Por favor, no te cases con alguna extraña. Y no hagas que yo me

case con un extraño.

—Tengo que hacerlo. Es lo que hacen los príncipes de Illéa. Nos casamos con plebeyas.

Daphne se lanzó hacia mí y me agarró de las manos.

—Pero yo te quiero. Siempre te he querido. Por favor, no te cases con otra chica sin preguntarle al menos a tu padre si existe la mínima posibilidad.

¿Que me quería? ¿Desde siempre?

Me quedé sin palabras. ¿Qué podía decir?

—Daphne, ¿cómo...? No sé qué decir.

—Di que se lo preguntarás a tu padre —suplicó, limpiándose las lágrimas—. Pospón la *Selección* aunque solo sea lo necesario para ver si vale la pena que lo intentemos. O déjame participar a mí. Renunciaré a mi corona.

—Por favor, deja de llorar —murmuré.

—¡No puedo! No puedo, si voy a perderte para siempre —dijo, y hundió la cabeza en las manos, sollozando en voz baja.

Me quedé allí, paralizado y aterrado ante la posibilidad de estropear aún más las cosas. Tras unos momentos de tensión, levantó la cabeza. Habló, con la mirada perdida:

—Tú eres el único que me conoce bien. Y la única persona a la que conozco de verdad.

—Conocerse no es amarse —rebatí.

—Eso no es cierto, Maxon. Los dos tenemos una historia común, y está a punto de romperse. Todo por mantener la tradición. —Tenía la mirada fija en algún punto invisible en el espacio, en el centro de la estancia, y no podía adivinar qué estaría pensando. Era evidente que no se me daba nada bien penetrar en su mente.

Por fin Daphne se giró hacia mí.

—Maxon, te lo ruego, pregúntale a tu padre. Aunque diga que no, al menos habré hecho todo lo posible.

Seguro de no equivocarme, le dije lo que debía:

—Ya lo has hecho, Daphne. No hay más. —Extendí los brazos un momento y luego los dejé caer—. Esto es todo lo que podremos tener nunca.

Se me quedó mirando fijamente un buen rato, consciente como yo de que pedirle a mi padre algo tan fuera de la norma escapaba a mis posibilidades. Noté que parecía contemplar una solución alternativa, pero enseguida se dio cuenta de que no había. Ella se debía a su corona, y yo a la mía, y nuestros caminos nunca se cruzarían.

Asintió y volvió a echarse a llorar. Se sentó en un sofá y se abrazó a sí misma. Me quedé inmóvil, con la esperanza de no causarle más dolor. Habría querido hacerla reír, pero todo aquello no tenía nada de divertido. No me creía capaz de romperle el corazón a alguien.

Y desde luego no me gustaba haberlo hecho.

En ese momento me di cuenta de que aquello se convertiría en algo frecuente. Iba a rechazar a treinta y cuatro mujeres en los meses siguientes. ¿Y si todas reaccionaban así?

Resoplé, exhausto solo de pensarlo.

Al oírme, Daphne levantó la vista. Poco a poco la expresión de su rostro fue cambiando.

—¿No te duele nada de todo esto? ¿Nada de nada? —preguntó—. No eres tan buen actor, Maxon.

—Claro que lo lamento.

Ella se puso en pie y me miró de arriba abajo en silencio.

—Pero no por los mismos motivos que lo lamento yo —murmuró. Cruzó la habitación, con una mirada de súplica en los ojos—. Maxon, tú me quieres.

Me quedé inmóvil.

—Maxon —insistió, con mayor vehemencia—, me quieres. Tú me quieres.

Tuve que apartar la mirada; la fuerza de su mirada me resultaba demasiado intensa. Me pasé una mano por el cabello, intentando decidir qué sentía y ponerlo en palabras.

—Nunca había visto a nadie expresar sus sentimientos tal como lo acabas de hacer tú. No tengo dudas de que cada palabra que has dicho la sientes, pero no puedo hacer eso, Daphne.

—Eso no significa que no sepas lo que sientes. Lo que pasa es que no tienes ni idea de cómo expresarlo. Tu padre puede ser frío como el hielo, y tu madre se encierra en sí misma. Tú nunca has visto a nadie amándose libremente, así que no sabes cómo expresarlo. Pero lo sientes, sé que lo sientes. Tú me quieres tanto como yo te quiero a ti.

Negué con la cabeza, lentamente, temiendo que si pronunciaba una sílaba más provocaría que todo empezara de nuevo.

—Bésame —me pidió.

—¿Qué?

—Bésame. Si puedes besarme y seguir diciendo que no me quieres, no volveré a mencionar esto nunca más.

Me eché atrás.

—No. Lo siento, no puedo.

No quería confesar hasta qué punto lo decía en sentido literal. No tenía ni idea de a cuántos chicos habría besado Daphne, pero sabía que serían más de cero. Un verano de años atrás, cuando yo estaba de vacaciones en Francia, me había confesado que la habían besado. Así que en eso me ganaba, y desde luego no iba a quedar como un tonto.

Su tristeza se convirtió en rabia, y se apartó de mí. Soltó una carcajada seca, pero su mirada no era divertida en absoluto.

—¿Así que esa es tu respuesta? ¿Es un no? ¿Has decidido dejarme marchar?

Me encogí de hombros.

—Eres un idiota, Maxon Schreave. Tus padres te han saboteado la vida por completo. Podrías tener a mil chicas ante ti, y no importaría. Eres demasiado tonto como para apreciar el amor, aunque lo tengas delante de tus narices. —Se limpió los ojos y se alisó el vestido—. Espero, de corazón, no verte más.

El miedo que me atenazaba el pecho me hizo reaccionar: en el momento en que se marchaba, la agarré del brazo. No quería que desapareciera para siempre.

—Daphne, lo siento.

—No lo sientas por mí —repuso, con voz fría—. Siéntelo por ti. Encontrarás una esposa, porque tienes que hacerlo, pero ya has conocido el amor, y has dejado que se te escape.

Se liberó de mi mano y me dejó solo.

Feliz cumpleaños, Maxon.

Capítulo 3

Daphne olía a corteza de cerezo y almendras. Llevaba el mismo perfume desde los trece años, incluida la noche anterior. Aún sentía el olor, aunque ella hubiera decidido que no quería volver a verme.

Tenía una cicatriz en la muñeca, un rasguño que se había hecho trepando a un árbol cuando tenía once años. Había sido culpa mía. En aquella época, ella no era tan refinada, y la convencí —bueno, de hecho la reté— a hacer una carrera para ver quién subía más rápido a uno de los árboles en un extremo del jardín. Gané yo.

A Daphne le aterraba la oscuridad, y como yo tenía mis propios miedos, nunca me reí de ella por eso. Y ella nunca se rio de mí. Al menos no de las cosas importantes.

Era alérgica al marisco. Su color favorito era el amarillo. Por mucho que lo intentara, era incapaz de cantar, ni que le fuera en ello la vida. Aunque sí sabía bailar, de modo que, probablemente, por eso le decepcionara aún más que no le pidiera un baile la noche anterior.

Cuando cumplí dieciséis años, ella me envió un estuche para la cámara fotográfica como regalo de Navidad. Aunque yo nunca le había dicho que quería deshacerme del que tenía, me gustó tanto que se hubiera dado cuenta de que me hacía falta que enseguida cambié de estuche. Y aún la usaba.

Me estiré bajo las sábanas, girándome hacia donde estaba el estuche. Me pregunté cuánto tiempo habría dedicado a escogerla.

A lo mejor Daphne estaba en lo cierto. Teníamos más historia juntos de lo que yo quería reconocer. Habíamos vivido nuestra relación a través de visitas irregulares y esporádicas llamadas de teléfono, así que nunca había soñado que la cosa fuera a más.

Y ahora ella estaba en un avión, de vuelta a Francia, donde la esperaba Frederick.

Me levanté de la cama, me quité de encima el arrugado pijama y me metí en la ducha. El agua fue llevándose los restos de mi cumpleaños por el desagüe, e intenté limpiar también mi mente de aquellos pensamientos.

Pero no podía olvidarme de lo que ella me había acusado. ¿Realmente no sabía lo que era el amor? ¿Lo había descubierto y lo había desterrado? Y si era así, ¿cómo iba a gestionar la *Selección*?

Los asesores iban de un lado al otro del palacio, con montones de solicitudes para la *Selección*, sonriéndome como si supieran algo que yo ignoraba. De vez en cuando, alguno me daba una palmadita en el hombro o me hacía algún comentario para darme ánimo, como si notaran mis repentinas dudas sobre lo único que había dado siempre

por sentado, lo único que había esperado en mi vida.

—El lote de hoy promete mucho —decía uno.

—Es usted un hombre afortunado —apuntaba otro.

Pero a medida que iban llegando las solicitudes, lo único en lo que podía pensar yo era en Daphne y en sus cortantes palabras.

Debía estar estudiando las cifras de un informe económico que tenía delante, pero en lugar de eso me dediqué a escrutar a mi padre. ¿Me había saboteado la vida realmente, haciendo que no pudiera llegar a entender lo que significaba una relación romántica? Le había visto relacionarse con mi madre. Quizá no se veía pasión, pero sí había afecto entre ellos. ¿No bastaba con eso? ¿Era eso lo que se suponía que tenía que buscar yo?

Me quedé con la mirada perdida, debatiéndome. A lo mejor mi padre pensaba que, si buscaba más, me costaría mucho más afrontar la *Selección*. O quizá que me llevaría una decepción si no encontraba algo que me cambiara la vida de un modo radical. Probablemente era mejor que nunca le hubiera mencionado que era justo eso lo que esperaba.

Pero puede que no se lo hubiera pensado tanto. La gente es simplemente lo que es. Mi padre era estricto, una espada afilada bajo la presión que suponía gobernar un país que sobrevivía a constantes guerras y ataques rebeldes. Mamá era como una manta, alguien a quien la vida había suavizado, al criarse sin nada, y que intentaba siempre ofrecerme su protección y comodidad.

Yo sabía que me parecía más a ella. A mí no me importaba, ni mucho menos, pero sabía que a mi padre sí.

De modo que quizás el haber retardado mi capacidad para expresarme era algo intencionado, parte del proceso destinado a endurecerme.

«Eres demasiado tonto como para ver el amor, aunque lo tengas delante de tus narices».

—Despierta, Maxon.

Reaccioné de pronto y miré hacia el lugar de donde venía la voz de mi padre.

—¿Sí, padre?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —preguntó, con voz de hastío—. La *Selección* consiste en hacer una elección sólida y racional, no es una oportunidad más para soñar despierto.

Un hombre trajeado, que le entregó una carta a mi padre, entró en la estancia, mientras yo recolocaba el montón de papeles, dándole golpecitos contra la mesa.

—Sí, padre.

Leyó el papel, y le miré una vez más.

Quizá.

No.

No, seguro que no. Quería convertirme en un hombre, no en una máquina.
Con un gruñido, arrugó el papel y lo lanzó a la papelera.
—Malditos rebeldes.

Me pasé la mayor parte de la mañana siguiente trabajando en mi habitación, lejos de incómodas miradas. El tiempo me cundía mucho más cuando estaba solo y, si no me cundía, al menos no me reprendían. Aunque aquello no iba a durar mucho, a juzgar por la invitación que acababa de recibir.

—¿Me has llamado? —pregunté, entrando en el despacho privado de mi padre.

—Aquí estás —dijo mi padre, con los ojos bien abiertos y frotándose las manos—. Mañana es el día.

Cogí aire.

—Sí. ¿Tenemos que repasar el formato del *Report*?

—No, no —repuso, posando una mano en mi espalda para que me pusiera en marcha. Erguí la cabeza al momento—. Será bastante simple. Introducción, una charla corta con Gavril y luego emitiremos los nombres y las caras de las chicas.

Asentí.

—Parece... fácil.

Cuando llegamos al otro lado de su mesa, colocó la mano sobre un grueso montón de carpetas.

—Son estas.

Bajé la vista. Miré. Tragué saliva.

—Bueno, unas veinticinco tienen cualidades bastante evidentes; perfectas para una princesa. Familias excelentes o vínculos con otros países que quizá sean de gran utilidad. Algunas de ellas son simplemente guapísimas. —Me dio un codazo pícaro en las costillas, algo nada propio de él, y yo di un paso hacia el lado contrario. Todo aquello no tenía nada de broma—. Por desgracia, no en todas las provincias han surgido candidatas que valieran la pena. Así que, para que parezca que la elección es más aleatoria, hemos usado esas regiones para añadir algo más de diversidad. Verás que también hemos metido algunas Cincos, pero ninguna por debajo de eso. Tenemos que mantener un nivel mínimo.

Dejé que sus palabras resonaran en mi cabeza. Hasta aquel momento había pensado que todo dependía del destino..., pero no, dependía de él.

Pasó el pulgar por el montón de carpetas, haciendo ruido con los bordes de las hojas de papel.

—¿Quieres echar un vistazo? —preguntó.

Volví a mirar el montón. Nombres, fotografías y currículos. Allí estaban todos los detalles básicos. Aun así, estaba seguro de que el impreso de solicitud no preguntaba nada como qué les hacía reír o cuál era su secreto más oscuro. Ahí había recogida una colección de atributos, no de personas. Y las chicas escogidas en función de esas

estadísticas eran mi única elección posible.

—¿Las has escogido tú? —le pregunté, levantando la vista de las carpetas y mirándole.

—Sí.

—¿A todas ellas?

—Prácticamente —dijo, con una sonrisa—. Como te decía, hay unas cuantas escogidas para dar espectáculo, pero creo que tienes una selección de chicas muy prometedoras. Mucho mejor que la mía.

—¿Tu padre también las escogió por ti?

—A algunas. Pero entonces era diferente. ¿Por qué lo preguntas?

Recordé sus palabras.

—A eso era a lo que te referías, ¿no? Cuando decías que para ti habían sido años de preparación.

—Bueno, teníamos que asegurarnos de que algunas chicas tuvieran la edad, y en algunas provincias contábamos con diversas opciones. Pero, créeme, te van a encantar.

—¿De verdad?

Como si le importara. Como si todo aquello no fuera más que una maniobra para mayor gloria de la corona, del palacio, para su éxito personal.

De pronto su comentario improvisado diciendo que pensar en Daphne era una pérdida de tiempo adquirió sentido. No le importaba si yo sentía algo por ella, si me parecía encantadora o si su compañía me resultaba agradable; lo único que veía en ella era Francia. Para él no era ni siquiera una persona. Y como básicamente ya había obtenido lo que quería de ese país, a sus ojos resultaba inútil. Aun así, si hubiera tenido algún valor, sin duda habría estado dispuesto a tirar por la ventana aquella entrañable tradición, pero, como no era así, todo el proceso estaba en sus manos.

—No te desanimes —afirmó, con un suspiro—. Pensé que estarías emocionado. ¿No quieres echar un vistazo siquiera?

Me alisé la americana.

—Como dices, esto no es para soñar despierto. Las veré cuando las vean todos los demás. Si me excusas, tengo que acabar de leer el borrador de esa enmienda que has escrito.

Me alejé sin esperar a que me diera su aprobación, pero estaba seguro de que mi respuesta sería excusa suficiente para obtenerla.

A lo mejor no era exactamente un sabotaje, pero desde luego me sentía como si hubiera caído en una trampa. ¿Encontrar una chica entre las que él había seleccionado previamente? ¿Cómo iba a poder lograrlo?

Decidí hacer un esfuerzo por calmarme. Al fin y al cabo, él había elegido a mamá, y ella era maravillosa, guapa e inteligente. Pero me daba la sensación de que

mi padre no había sufrido tanta injerencia. Y ahora las cosas eran diferentes, o eso decía él.

Entre las palabras de Daphne, la intrusión de mi padre y mis crecientes temores, la *Selección* empezó a darme más miedo que nunca.

Capítulo 4

Solo quedaban cinco minutos para que todo mi futuro se desplegara ante mí, y yo tenía la sensación de que iba a vomitar en cualquier momento.

Una mujer muy amable me estaba secando el sudor de la frente.

—¿Se encuentra bien, señor? —me preguntó, apartando el trapito.

—Solo lamentaba que, con todos los pintalabios que tienen ahí, no hubiera ninguno de mi tono —dije. Mamá lo decía a veces: «no es de mi tono». No estaba muy seguro de qué quería decir.

La maquilladora soltó una risita, y también mamá y la que la maquillaba a ella.

—Creo que estoy bien —le dije, mirándome en los espejos que había en la parte posterior del estudio—. Gracias.

—Yo también —afirmó mamá, y las dos jóvenes se alejaron.

Me puse a jugar con un contenedor de atrezo, intentando no pensar en los segundos que iban pasando.

—Maxon, cariño, ¿de verdad te encuentras bien? —preguntó mamá, mirándome no directamente, sino a través del reflejo.

La miré:

—Es solo... Es que...

—Ya sé. A todos nos pone muy nerviosos, pero, al fin y al cabo, solo vamos a oír los nombres de algunas de las chicas. Eso es todo.

Aspiré lentamente y asentí. Era una forma de verlo. Nombres. Eso era todo lo que iba a pasar. Darían una lista de nombres, y nada más.

Cogí aire otra vez.

Menos mal que no había comido mucho.

Me giré y me dirigí a mi asiento en el plató, donde ya estaba esperando mi padre.

—A ver si espabilas. Tienes un aspecto horrible.

—¿Cómo lo hiciste tú? —le pregunté.

—Lo afronté con confianza porque era el príncipe. Igual que harás tú. ¿Tengo que recordarte que tú eres el gran premio? —dijo, y volvió a poner cara de hastío, como si fuera algo que ya debía de saber—. Son ellas las que compiten por ti, no al revés. Tu vida no va a cambiar, salvo en que vas a tener que tratar con unas cuantas mujeres sobreexcitadas durante unas semanas.

—¿Y si no me gusta ninguna?

—Pues escoges a la que menos te disguste. Preferiblemente, una que resulte útil. Aunque no te preocupes por eso; yo te ayudaré.

Si esperaba que aquello me sirviera de consuelo, se equivocaba.

—Diez segundos —anunció alguien, y mi madre ocupó su asiento, lanzándome

un guiño reconfortante.

—Recuerda sonreír —apuntó mi padre, y se giró hacia las cámaras con gesto tranquilo.

De pronto sonó el himno y alguien empezó a hablar. Sabía que debía prestar atención, pero estaba concentrado en mantener la calma y una expresión de felicidad en el rostro.

No me enteré de gran cosa hasta que oí la voz familiar de Gavril.

—Buenas noches, majestad —dijo. Tragué saliva, hasta que me di cuenta de que se dirigía a mi padre.

—Gavril, siempre es un placer —respondió él; parecía casi mareado.

—¿Esperando el anuncio?

—Sí, claro. Ayer estuve en la sala mientras se extraían algunos de los nombres; todas ellas, chicas preciosas —repuso, con toda naturalidad.

—Así pues, ¿ya sabe quiénes son?

—Solo algunas, solo algunas —mintió, y lo hizo con una facilidad increíble.

—¿Ha compartido su padre esa información con usted, señor? —me preguntó Gavril. Al girarse, el broche con su nombre brilló reflejando la luz de los focos.

Mi padre se volvió hacia mí, recordándome con los ojos que sonriera. Eso hice.

—En absoluto. Yo veré a las chicas al mismo tiempo que todos los demás. —Vaya. Tenía que haber dicho «las señoritas» en lugar de «las chicas». Eran invitadas, no mascotas. Me sequé discretamente el sudor de las palmas de las manos en los pantalones.

—Majestad —prosiguió Gavril, dirigiéndose esta vez a la reina—, ¿algún consejo para las elegidas?

La observé. ¿Cuánto tiempo le habría llevado hacer natural aquella presencia, aquella pose impecable? ¿O había sido siempre así? Ladeó tímidamente la cabeza. Hasta Gavril parecía emocionado.

—Que disfruten su última noche como una chica más. Mañana, pase lo que pase, su vida cambiará para siempre. —Sí, señoritas, la vuestra y la mía—. Y un consejo muy clásico, pero aun así válido: que sean ellas mismas.

—Sabias palabras, mi reina, sabias palabras. Y ahora pasemos a revelar los nombres de las treinta y cinco jóvenes elegidas para la *Selección*. ¡Damas y caballeros, compartan conmigo la felicitación para las siguientes hijas de Illéa!

Observé los monitores mientras aparecía el escudo nacional, con una ventanita en una esquina donde se veía mi rostro. ¿Qué? ¿Iban a estar enfocándome todo el rato?

Mamá me dio la mano sin que la cámara pudiera captarlo. Cogí aire. Lo solté. Y volví a cogerlo.

No era más que un puñado de nombres. Tampoco pasaba nada. No es que fueran a anunciar el nombre de la elegida.

—La señorita Elayna Stoles, de Hansport, Tres —leyó Gavril de una ficha. Intenté sonreír con más ganas—. La señorita Tuesday Keeper, de Waverly, Cuatro —prosiguió.

Sin perder la sonrisa, ladeé la cabeza hacia mi padre.

—Me estoy mareando —le susurré.

—Tú respira —respondió entre dientes—. Tenías que haber leído la lista ayer. Ya lo sabía yo.

—La señorita Fiona Castley, de Paloma, Tres.

Miré a mamá, que sonrió.

—Muy guapa.

—La señorita America Singer, de Carolina, Cinco.

Oí la palabra «Cinco» y pensé que debía de ser una de las elegidas como descartes por mi padre. Ni siquiera me fijé en la fotografía; había decidido mantener la vista fija por encima de los monitores y sonreír.

—La señorita Mia Blue de Otero, Tres.

Era demasiada información como para absorberla toda. Ya me aprendería sus nombres y sus caras más tarde, cuando todo el país no estuviera mirando.

—La señorita Celeste Newsome de Clermont, Dos. —Levanté las cejas; no es que la viera. Pero si era una Dos, debía de ser alguien importante, así que más valía poner cara de estar impresionado.

—Clarissa Kelley de Belcourt, Dos.

La lista iba avanzando y yo sonreí hasta que me dolieron las mejillas. Lo único en que podía pensar era en lo mucho que significaba aquello para mí —que una parte enorme de mi vida iba a ponerse en su sitio— y que ni siquiera podía disfrutar con ello. Si hubiera sacado los nombres yo mismo de un cuenco en una sala privada y los hubiera visto a solas, antes que ninguna otra persona, aquel momento habría sido muy diferente.

Aquellas chicas eran mías; lo único en el mundo que llegaría a serlo.

Y, por otra parte, no lo eran.

—¡Y ahí las tienen! —anunció Gavril—. Estas son nuestras preciosas candidatas para la *Selección*. Durante la semana que viene las prepararán para su viaje al palacio, y nosotros esperaremos ansiosos su llegada. Conéctense el viernes que viene y vean una edición especial del *Report* dedicada exclusivamente a conocer más a estas espectaculares mujeres. Príncipe Maxon —dijo, girándose hacia mí—, le felicito, señor. Es un grupo de jovencitas imponentes.

—La verdad es que estoy sin habla —respondí, y era cierto.

—No se preocupe, señor. Estoy seguro de que las chicas ya se encargarán de hablar más que suficiente cuando lleguen, el viernes que viene. Y ustedes —dijo, dirigiéndose a la cámara— no dejen de vernos para conocer las últimas noticias sobre

la *Selección* en el Canal de Acceso Público. ¡Buenas noches, Illéa!

Sonó el himno, se apagaron las luces y por fin pude relajarme.

Mi padre se puso en pie y me dio una palmadita firme en la espalda.

—Bien hecho. Mucho mejor de lo que me esperaba.

—No tengo ni idea de lo que acaba de ocurrir.

Mi padre se rio, al igual que un puñado de asesores que seguían en el plató.

—Ya te lo he dicho, hijo: tú eres el premio. No tienes por qué estar nervioso. ¿No estás de acuerdo, Amberly?

—Te aseguro, Maxon, que las chicas tienen mucho más de lo que preocuparse que tú —confirmó ella, frotándose el brazo.

—Ahí lo tienes —concluyó mi padre—. Bueno, me muero de hambre. Disfrutemos de una de nuestras últimas comidas en paz.

Me puse de pie y eché a caminar lentamente. Mamá se mantuvo a mi lado.

—No me he enterado de nada —le susurré.

—Te pasaremos las fotografías y las solicitudes para que puedas estudiártelas con calma. Es como conocer a cualquier persona. Enfócalo como si le dedicaras tiempo a cualquiera de tus otros amigos.

—Yo no tengo tantos amigos, mamá.

Ella me lanzó una mirada cómplice.

—Sí, esto es algo cerrado —coincidió—. Bueno, piensa en Daphne.

—¿Qué pasa con Daphne? —pregunté, algo escamado.

Mamá no percibió mi tono.

—Cuenta como amiga, ¿no? Es una chica, y siempre habéis tenido buena relación. Hazte a la idea de que esas chicas también son amigas tuyas.

Volví a mirar hacia delante. Sin darse cuenta, mi madre había calmado un miedo enorme que crecía en mi interior y había avivado otro.

Desde nuestra discusión, cada vez que pensaba en Daphne no imaginaba cómo se llevaría con ese tal Frederick, ni le daba vueltas a cómo echaba de menos su compañía. Lo único en lo que podía pensar era en sus acusaciones.

Si hubiera estado enamorado de ella, sin duda tendría la cabeza puesta en su atractivo y sus virtudes. Y a medida que iban pasando la lista de las chicas seleccionadas, habría deseado que su nombre estuviera en ella.

Quizá Daphne tuviera razón y yo no sabía expresar amor. Pero, aunque así fuera, cada vez tenía más claro que no la quería a ella.

En un rincón de mi interior me alegré de saber que no me estaba perdiendo nada. Podía iniciar la *Selección* desde cero. Pero, por otra parte, tenía algo que lamentar. Si el problema hubiera sido que no sabía interpretar mis emociones, al menos podría presumir de que en algún momento había estado enamorado, y estar seguro de que sabía lo que se sentía. Pero continuaba sin tener ni idea. A lo mejor tenía que ser así.

Capítulo 5

Al final no fui a ver las solicitudes. Tenía muchos motivos para no hacerlo, pero el definitivo fue la convicción de que era mejor que todos empezáramos de cero en el momento de las presentaciones. Además, si mi padre había analizado a cada una de las candidatas con el máximo detalle, ya no me apetecía tanto hacerlo a mí.

Mantuve una distancia cómoda entre la *Selección* y mi vida... hasta que la *Selección* se presentó a mi puerta.

El viernes por la mañana iba caminando por la tercera planta y oí las risas de dos chicas en la escalera, en el segundo piso. Una voz alegre dijo:

—¿Puedes creerte que estemos aquí?

Y ambas volvieron a estallar en una risita nerviosa.

Solté una maldición en voz alta y me metí en la primera habitación que encontré, porque me habían insistido una y otra vez en que debía conocer a todas las chicas a la vez, el sábado. Nadie me había dicho por qué era tan importante, pero supuse que tenía algo que ver con el maquillaje y la preparación. Si una Cinco llegaba a palacio sin preparativos previos, bueno..., no creía que tuviera demasiadas posibilidades. A lo mejor era para que todo fuera más justo. Salí discretamente de la habitación en la que me había metido y volví a la mía, intentando olvidar aquel incidente.

Pero entonces, por segunda vez, mientras me dirigía al despacho de mi padre a dejar algo, oí la voz de una chica a la que no conocía, lo cual me provocó una ansiedad que me atravesó el cuerpo. Volví a mi habitación y me puse a limpiar todos los objetivos de mis cámaras meticulosamente y a reorganizar mi equipo. Me busqué entretenimiento hasta la noche, cuando sabía que todas las chicas estarían en sus habitaciones y ya podría moverme libremente.

Era uno de aquellos rasgos que solían alterar tanto a mi padre. Él decía que le ponía nervioso que me moviera tanto. Pero no podía evitarlo: pensaba mejor caminando.

El palacio estaba tranquilo. De no haberlo sabido, no habría podido adivinar que teníamos tanta compañía. Quizá las cosas no fueran tan diferentes si yo no estuviera pensando constantemente en el cambio que suponía.

Mientras recorría el pasillo, me asaltaron todas las dudas que me acechaban. ¿Y si resultaba que no me enamoraba de ninguna de aquellas chicas? ¿Y si ninguna de ellas se enamoraba de mí? ¿Y si mi alma gemela había quedado descartada en favor de alguna chica de su provincia más valiosa para la corona?

Me senté en lo alto de las escaleras y hundí la cabeza entre las manos. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo podría encontrar a alguien a quien amar, que me quisiera, que contara con la aprobación de mis padres y con el favor del pueblo? Eso por no

mencionar que fuera lista, atractiva y con talento, alguien que pudiera presentarles a todos los presidentes y embajadores con los que nos fuéramos encontrando.

Decidí olvidar todo aquello y pensar en lo positivo. ¿Y si me lo pasaba estupendamente conociendo a todas aquellas señoritas? ¿Y si todas eran encantadoras, divertidas y guapas? ¿Y si la chica que más me gustara conseguía aplacar a mi padre más de lo que ninguno de los dos nos imaginábamos? ¿Y si mi media naranja se encontraba ahora mismo en palacio, tendida en su cama, esperando conocerme?

Quizás..., quizás aquello acabara siendo todo lo que había soñado, antes de que se volviera demasiado real. Era mi oportunidad para encontrar pareja. Durante mucho tiempo, Daphne había sido la única persona en la que podía confiar; prácticamente nadie podía entender aquel tipo de vida. Pero ahora podía dar la bienvenida a mi mundo a otra persona, y sería mejor que todo lo que había tenido hasta entonces porque... sería mía.

Y yo sería suyo. Seríamos el uno para el otro. Ella sería lo que mi madre era para mi padre: una referencia cómoda, una fuente de calma y seguridad. Y yo podría ser su guía, su protector.

Me puse en pie y empecé a bajar, más seguro de mí mismo. Solo tenía que mantener la mente en eso. Recordar que la *Selección* tenía que reportarme justo eso: esperanza.

Cuando llegué a la planta baja, en realidad ya tenía una sonrisa en el rostro. No es que estuviera precisamente relajado, pero sí decidido.

—... salir —dijo alguien de forma entrecortada, con una voz frágil que resonaba en el pasillo.

¿Qué estaba pasando?

—Señorita, tiene que volver a su habitación ahora mismo.

Eché un vistazo desde la distancia y a la luz de la luna pude distinguir a un guardia que cerraba el paso a una chica —¡una chica!— que quería salir. Estaba oscuro, así que no le vi bien la cara, pero tenía una brillante melena pelirroja, como hecha de miel, rosas y luz del sol.

—Por favor —insistió ella, cada vez más agitada y temblorosa.

Me acerqué, intentando decidir qué hacer.

El guardia dijo algo que no entendí. Seguí adelante, para enterarme de qué estaba pasando.

—Yo... no puedo respirar —dijo ella, cayendo entre los brazos del guardia, que soltó el bastón para agarrarla. Parecía algo molesto.

—¡Soltadla! —ordené cuando llegué a su altura. Al cuerno las normas. No podía dejar que aquella chica se hiciera daño.

—Se ha desplomado, alteza —explicó el guardia—. Quería salir.

Sabía que los guardias solo intentaban protegernos a todos, pero... ¿qué podía hacer?

—Abrid las puertas —ordené.

—Pero..., alteza...

Me lo quedé mirando muy serio.

—Abrid las puertas y dejadla salir. ¡Ya!

—Enseguida, alteza.

El primer guardia se puso a abrir la cerradura, y yo me quedé mirando a la chica, que se agitaba ligeramente en los brazos del otro guardia, intentando ponerse de pie. Al abrirse la doble puerta, una ráfaga de aquel aire cálido y dulce de Ángeles nos envolvió. En cuanto lo sintió en sus brazos desnudos, la chica se puso en pie.

Me dirigí a la puerta y me quedé mirando cómo avanzaba por el jardín, tambaleándose, con los pies descalzos haciendo un ruido sordo sobre la suave grava. Era la primera vez que veía a una chica en bata, y, aunque en aquel preciso momento no hubiera podido decir que aquella jovencita era un modelo de elegancia, resultaba curiosamente atractiva.

Me di cuenta de que los guardias también estaban mirándola, y eso me molestó.

—Vuelvan a sus puestos —dije en voz baja. Ellos se aclararon la garganta y se volvieron a situar de cara al vestíbulo—. Quédense aquí a menos que los llame —ordené, y me dirigí al jardín.

Me costaba verla, pero la oía. Respiraba con dificultad, y casi daba la impresión de estar llorando. Esperaba que no fuera así. Por fin vi que caía sobre la hierba, con los brazos y la cabeza apoyados en un banco de piedra.

No pareció darse cuenta de que me acercaba, así que me quedé allí de pie un momento, esperando que levantara la vista. Al cabo de un rato empecé a sentirme algo incómodo. Me imaginé que al menos querría darme las gracias, así que me dirigí a ella.

—¿Estás bien, querida?

—Yo no soy tu «querida» —me contestó, airada, mientras se apartaba el cabello para mirarme. Aún estaba oculta entre las sombras, pero su pelo brillaba a la luz de la luna que se abría paso entre las nubes.

En cualquier caso, le viera o no el rostro, capté perfectamente la intención de sus palabras. ¿Dónde estaba la gratitud?

—¿Qué he hecho para ofenderte? ¿No te he dado todo lo que has pedido?

Ella no respondió. Apartó la mirada y volvió a echarse a llorar. ¿Por qué las mujeres tenían aquella propensión al llanto? No quería ser maleducado, pero tenía que preguntárselo.

—Deja de llorar, querida. ¿Quieres?

—¡No me llames eso! No me quieres más de lo que puedes querer a las otras

treinta y cuatro extrañas que tienes aquí, encerradas en tu jaula.

Sonreí. Una de mis muchas preocupaciones era que aquellas chicas estuvieran pendientes constantemente de presentar su mejor imagen, intentando impresionarme. Temía tener que pasarme semanas para intentar conocer a alguien, convencerme de que era la persona ideal y luego descubrir, tras la boda, que se convertía en una persona diferente que me resultara insoportable.

Y ahí tenía a una a quien no le importaba quién fuera yo. ¡Me estaba regañando!

La rodeé, yendo hacia el otro lado y pensando en lo que había dicho. Me pregunté si mi costumbre de caminar arriba y abajo la molestaría. Si era así, ¿me lo diría?

—Ese planteamiento es injusto. Todas sois importantes para mí. Se trata sencillamente de dirimir a cuál podré llegar a querer más.

—¿De verdad has dicho «dirimir»? —dijo ella, incrédula.

—Me temo que sí. Perdóname. Es producto de mi educación.

Ella murmuró algo ininteligible.

—¿Disculpa?

—¡Es ridículo! —gritó.

Desde luego, tenía carácter. Mi padre no debía de saber mucho sobre esta chica en particular. Desde luego, ninguna con tal carácter habría entrado en la *Selección* de haberlo sabido él. Tenía suerte de que hubiera sido yo quien hubiera acudido en su ayuda, y no él, o ya la habría enviado de vuelta a casa.

—¿Qué es lo que es ridículo? —pregunté, aunque estaba seguro de que se refería a aquella escena. Nunca había experimentado algo así.

—¡Este concurso! ¡Todo este asunto! ¿Es que nunca has querido a nadie? ¿Así es como quieres escoger esposa? ¿De verdad eres tan superficial?

Aquello me dolió. ¿Superficial? Fui a sentarme en el banco, para que fuera más fácil hablar. Quería que aquella chica, quienquiera que fuera, comprendiera de dónde venía yo, cómo se veían las cosas desde mi perspectiva. Intenté no distraerme ante la vista de su cintura, su cadera y su pierna, incluso de su pie descalzo.

—Entiendo que quizá pueda parecerlo, que todo esto pueda parecer poco más que un entretenimiento barato —dije, asintiendo—. Pero en el mundo en el que vivo estoy muy limitado. No tengo ocasión de conocer a muchas mujeres. Las que conozco son hijas de diplomáticos, y generalmente tenemos muy poco de lo que hablar. Y eso, si es que hablamos el mismo idioma.

Sonreí, pensando en los momentos incómodos que había vivido, en aquellas largas cenas en silencio sentado junto a jovencitas a las que se suponía que tenía que entretener, pero sin poder hacerlo porque los traductores estaban muy ocupados hablando de política. Me quedé mirando a aquella chica, esperando que se riera conmigo de aquello. Pero cuando vi aquellos labios tensos que se negaban a sonreír, me aclaré la garganta y seguí adelante.

—En esas circunstancias —añadí, moviendo las manos nerviosamente—, no he tenido ocasión de enamorarme. —Daba la impresión de que ella no recordaba que en realidad no se me había permitido hacerlo hasta entonces—. ¿Tú sí?

—Sí —dijo ella, y parecía que aquello era, a la vez, motivo de orgullo y de tristeza.

—Entonces has tenido bastante suerte.

Me quedé mirando la hierba un momento. Seguí hablando; no quería que mi embarazosa falta de experiencia fuera el tema de conversación.

—Mi madre y mi padre se casaron así y son bastante felices. Yo también espero hallar la felicidad. Encontrar a una mujer que toda Illéa pueda querer, alguien que pueda ser mi compañera y que me acompañe cuando reciba a los líderes de otros países. Alguien que se haga amiga de mis amigos y que se convierta en mi confidente. Estoy listo para encontrar a mi futura esposa.

Hasta yo notaba la desesperación, la esperanza y el anhelo en mi voz. Las dudas volvieron a aparecer. ¿Y si no había nadie entre todas aquellas chicas que pudiera enamorarse de mí?

No, me dije. Aquello saldría bien.

Volví a mirar a aquella chica de aspecto desesperado.

—¿De verdad que te parece que esto es una jaula?

—Sí —dijo ella, tomando aire. Y, un segundo más tarde, añadió—: Alteza.

Me reí.

—La verdad es que yo me he sentido enjaulado más de una vez. Pero tienes que admitir que es una jaula muy bonita.

—Para ti —replicó ella, escéptica—. Llena tu bonita jaula con otros treinta y cuatro hombres, todos luchando por lo mismo y verás lo bonita que es entonces.

—¿De verdad ha habido peleas por mí? ¿No sabéis todas que soy yo el que escoge? —No sabía si sentirme halagado o preocupado, pero aquello era interesante. A lo mejor si alguna de esas chicas me deseaba de verdad, yo acabaría queriéndola también a ella.

—En realidad no es eso. Se disputan dos cosas —precisó ella—. Unas luchan por ti; otras luchan por la corona. Y todas creen saber qué decir y qué hacer para desequilibrar la balanza.

—Ah, sí. El hombre o la corona. Me temo que hay gente que no distingue una cosa de la otra —le contesté, meneando la cabeza, y fijé la vista en la hierba.

—Buena suerte con eso —dijo ella, divertida.

Pero aquello no tenía nada de cómico. Se confirmaba otro de mis grandes miedos. Una vez más, mi curiosidad me hizo preguntar, aunque estaba seguro de que me mentiría.

—¿Y tú por qué luchas?

—En realidad, yo estoy aquí por error.

—¿Por error? —¿Cómo podía ser? Si se había inscrito y había resultado elegida, y si había venido por propia voluntad...

—Sí. Algo así. Bueno, es una larga historia —dijo. Tendría que enterarme más adelante—. Y ahora... estoy aquí. Y no voy a luchar. Mi plan es disfrutar de la comida hasta que me des la patada.

No pude evitarlo: me dio la risa. Aquella chica era la antítesis de todo lo que había esperado. ¿Aguardaba a que le diera la patada? ¿Había venido por la comida? Para mi sorpresa, aquello empezaba a gustarme. Quizá todo sería tan sencillo como decía mamá, y con el tiempo llegaría a conocer a las candidatas, como había llegado a conocer a Daphne.

—¿Tú qué eres? —le pregunté. No podía ser más que una Cinco o una Cuatro, si tanta ilusión le hacía la comida.

—¿Perdón? —preguntó ella, que no entendió mi pregunta.

Yo no quería resultar ofensivo, así que empecé por arriba:

—¿Una Dos? ¿Una Tres?

—Una Cinco.

Ah, así que aquella era una de las Cincos. Sabía que a mi padre no le haría demasiada ilusión que intimara con ella, pero, al fin y al cabo, había sido él quien la había dejado entrar.

—Ah, ya. Bueno, en ese caso la comida quizá pudiera ser una buena motivación para quedarse. —Solté una risita—. Lo siento, no veo bien tu broche con la oscuridad.

Ella agitó levemente la cabeza. Si me preguntaba por qué no sabía ya su nombre, no sabía qué sonaría mejor: si una mentira (que había tenido demasiado trabajo como para memorizar todos los nombres) o la verdad (que estaba tan nervioso con todo aquel asunto que lo había dejado todo para el último momento).

Entonces me di cuenta de que el último momento ya había llegado.

—Me llamo America.

—Bueno, me parece perfecto —dije, con una risa. Solo por el nombre, me resultaba increíble que hubiera superado la criba. Aquel era el nombre de un antiguo país, un territorio terco y viciado que habíamos conseguido reconvertir en un Estado fuerte. A lo mejor mi padre la había admitido por eso: para demostrar que no le tenía miedo ni le preocupaba nuestro pasado, aunque los rebeldes se aferraran a él con tanto ahínco. A mí aquella palabra me daba la impresión de que tenía algo de musical—. America, querida, espero que encuentres algo en esta jaula por lo que valga la pena pelear. Después de esto, no me imagino cómo será verte luchar por algo que quieras de verdad.

Me levanté del banco y me arrodillé a su lado, cogiéndole la mano. Ella se quedó

fijándose en nuestros dedos en lugar de mirarme a los ojos, cosa que agradecí. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de lo impresionado que estaba al verla bien por fin. Las nubes se apartaron en el momento justo, dejando que la luna iluminara su rostro. Se levantó conmigo, sin ningún temor a mostrarse como era, y estaba preciosa.

Bajo sus gruesas pestañas había unos ojos azules como el hielo que contrastaban con el fuego de su pelo. Tenía las mejillas suaves y ligeramente coloradas de haber llorado. Y sus labios, suaves y rosados, se entreabrieron mientras examinaba nuestras manos.

Sentí un cosquilleo extraño en el pecho, como la luz de una chimenea o la calidez del sol de la tarde. Duró un momento, y el corazón se me aceleró al mismo tiempo.

Me regañé mentalmente. Qué típico, quedarse prendado de la primera chica con la que había tenido ocasión de intimar. Era una locura, demasiado rápido como para que fuera verdad, y aquello puso fin a aquella sensación que tenía en el pecho. En cualquier caso, no quería perderla. El tiempo ya diría si a la larga valía la pena o no. Estaba claro que a America tendría que ganármela, y aquello llevaría su tiempo. Pero empezaría en aquel mismo momento.

—Si eso te hace feliz, puedo decirle al servicio que te gusta el jardín. Así podrás salir por las noches sin tener que ir de la mano del guardia. Aunque yo preferiría que tuvieras uno cerca. —No quería preocuparla hablándole de los frecuentes ataques que sufríamos. Mientras tuviera a un guardia cerca, estaría bien.

—Yo no... No quiero nada de ti —me respondió, apartándose y bajando la mirada al césped.

—Como deseas —dije, algo decepcionado. ¿Qué había hecho yo que fuera tan horrible como para que se me quitara de encima? A lo mejor aquella chica era irreductible—. ¿Volverás a entrar pronto?

—Sí —murmuró.

—Pues te dejo, que querrás estar sola. Habrá un guardia junto a la puerta, esperándote. —Quería que se tomara su tiempo, pero tenía miedo de que alguna de las chicas pudiera salir lastimada por cualquier ataque inesperado, aunque fuera esta a la que le parecía desagradar tanto.

—Gracias..., esto..., alteza. —En su voz noté un rastro de vulnerabilidad, y caí en la cuenta de que quizá no se tratara de mí. A lo mejor simplemente estaba sobrepasada por todo lo que le estaba pasando. ¿Cómo podía culparla por eso? Decidí arriesgarme al rechazo una vez más.

—America, querida... ¿Me harás un favor? —dije, cogiéndole la mano de nuevo.

Ella me miró, escéptica. Aquellos ojos tenían algo; era como si estuviera buscando la verdad en los míos, decidida a encontrarla a toda costa.

—Quizá.

Su tono me dio esperanzas, y sonreí.

—No menciones esto a las otras. En teoría se supone que no tengo que conoceros hasta mañana, y no quiero que nadie se moleste. —Solté una risita sin querer, y al momento deseé no haberlo hecho. A veces se me escapaba la risa en los peores momentos—. Aunque no creo que la bronca que me has soltado se pueda considerar una cita romántica, ¿no?

Esta vez fue ella quien sonrió.

—¡Desde luego! —Hizo una pausa y respiró hondo—. No lo diré.

—Gracias. —Debería haberme conformado con aquella sonrisa, debería haberme ido sin más. Pero algo en mí, quizás el que me hubieran educado siempre para la lucha, para salir victorioso de cualquier situación, me decía que diera un paso más. Le cogí la mano, me la llevé a los labios y la besé—. Buenas noches.

Me fui de allí antes de que tuviera tiempo de reñirme o de que yo hiciera alguna tontería más.

Me habría gustado darme la vuelta y ver su expresión, pero si hubiera detectado el mínimo rechazo, no lo habría soportado. Si mi padre hubiera podido leerme la mente en aquel momento, estaría más que disgustado. A aquellas alturas, después de todo, yo tendría que ser más duro.

Cuando llegué a las puertas, me giré hacia los guardias.

—Necesita un momento. Si no ha entrado dentro de media hora, aprémienla amablemente para que lo haga. —Los miré a los ojos, asegurándome de que les había quedado claro—. Sería menester que no mencionaran esto a nadie. ¿Entendido?

Asintieron.

Me dirigí a la escalera principal. Mientras me alejaba, oí que uno le susurraba al otro:

—¿Qué es eso de «menester»?

Levanté la vista al cielo y seguí camino de las escaleras. Cuando llegué a la tercera planta, entré en mi habitación prácticamente a la carrera. Tenía un enorme balcón que daba a los jardines. No quería salir y que viera que la miraba, pero sí que me acerqué a la ventana y aparté la cortina.

Permaneció allí otros diez minutos, aparentemente más tranquila. Yo me quedé mirando cómo se limpiaba la cara, se sacudía la bata y volvía a entrar. Tuve la tentación de salir al pasillo de la segunda planta para que pudiéramos volver a encontrarnos «por casualidad». Pero me lo pensé mejor. Esa noche estaba disgustada, fuera de sus casillas. Si quería disponer de la más mínima oportunidad, tendría que esperar al día siguiente.

El día siguiente..., con otras treinta y cuatro chicas delante. Desde luego era un idiota por esperar tanto. Me dirigí a mi escritorio y saqué el montón de dossiers sobre las chicas, y me puse a estudiar sus fotos. No sabía de quién había sido la idea de poner los nombres detrás, pero no me ayudaba nada. Cogí una pluma y copié los

nombres en la parte de delante. Hannah, Anna... ¿Cómo iba a distinguirlas? Jenna, Janelle, y Camille... ¿En serio? Aquello iba a ser un desastre. Tenía que familiarizarme con ellas. Y luego ir leyendo los broches con sus nombres hasta aprenderlos.

Porque podía hacerlo. Y podía hacerlo bien. Debía demostrar por fin que era capaz de coger la iniciativa, de tomar decisiones. ¿Cómo, si no, iba a confiar la gente en mí cuando fuera rey? ¿Y cómo iba a confiar en mí el rey?

Me centré en las más destacadas. Celeste... Recordaba el nombre. Uno de mis asesores había mencionado que era modelo y me había enseñado una foto suya en bañador publicada en una revista de papel satinado. Es probable que fuera la más sexy de las candidatas, y desde luego eso no iba a ser un inconveniente. Me llamó la atención una tal Lyssa, pero no positivamente. A menos que tuviera una personalidad arrolladora, no tenía ninguna posibilidad. A lo mejor era un poco superficial, pero... ¿tan malo era que lo tuviera claro? Ah, Elise. Por el aspecto exótico de sus ojos, debía de ser la chica que tenía familia en Nueva Asia. Aquel era su único atractivo.

America.

Me quedé mirando su fotografía. Tenía una sonrisa absolutamente radiante.

¿Qué era lo que la hacía sonreír con aquella ilusión? ¿Sería yo? ¿Se le habría pasado lo que fuera que sentía por mí? No parecía muy contenta de haberme conocido, pero... al final me había dedicado una sonrisa.

Al día siguiente tendría que empezar de cero con ella. No estaba seguro de lo que buscaba, pero en gran parte era lo que veía en aquella fotografía. Quizá fuera su carácter decidido o su sinceridad, o tal vez la suave piel del dorso de su mano, o su perfume... Pero lo que sí sabía, con meridiana claridad, era que deseaba gustarle.

¿Cómo iba a conseguirlo?

Capítulo 6

Me quedé mirando la corbata azul. No. ¿La marrón? No. ¿Tan complicado iba a ser vestirse cada día?

Quería causar una buena primera impresión ante las chicas —y una buena segunda impresión a una de ellas—, y en aquel momento me pareció que todo dependía de escoger la corbata correcta. Suspiré. Aquellas chicas ya me estaban convirtiendo en un tonto.

Intenté seguir el consejo de mi madre y ser yo mismo, con mis defectos incluidos. Cogí la primera corbata que tuve a mano, me acabé de vestir y me eché el cabello hacia atrás.

Salí por la puerta y encontré a mis padres junto a la escalera, conversando en voz baja. Me planteé dar un rodeo para no interrumpirlos, pero mi madre me llamó con un gesto de la mano.

Cuando llegué a su altura, me colocó bien las mangas con la mano y luego se puso a mi espalda, alisándome la casaca.

—Recuerda que ellas están nerviosísimas, y lo que necesitan es que las hagas sentir como en casa.

—Actúa como un príncipe —añadió mi padre—. Recuerda quién eres.

—Tómate tu tiempo para decidir. No hay ninguna prisa —dijo mamá, tocándome la corbata—. Es muy bonita.

—Pero no te quedes con ninguna si ya sabes que no te interesa. Cuanto antes tengamos a las candidatas definitivas, mejor.

—Sé educado.

—Actúa con seguridad.

—Tú háblales.

Mi padre suspiró.

—Esto no es ninguna broma. Recuérdalo.

Mamá alargó la mano y me la puso sobre el hombro.

—Vas a estar fantástico. —Tiró de mí para darme un gran abrazo y volvió a apartarse y a quitarme las arrugas de la ropa con la mano.

—Muy bien, hijo. Adelante —dijo mi padre, indicándome las escaleras.

—Nosotros te esperaremos en el comedor.

Yo ya me estaba mareando.

—Ummm, sí. Gracias.

Me detuve un momento para coger aliento. Sabía que intentaban ayudarme, pero habían conseguido acabar con la poca serenidad que me quedaba. Me dije que se trataba únicamente de saludar a las chicas, que ellas estarían tan interesadas como yo

en que aquello saliera bien.

Y entonces recordé que iba a volver a hablar con America. Al menos, sería entretenido. Con eso en la cabeza, bajé las escaleras rápidamente hasta la planta baja y me dirigí al Gran Salón. Respiré hondo y golpeé la puerta con los nudillos antes de entrar.

Allí, más allá de los guardias, esperaba todo el grupo de chicas. Saltaron los flashes de las cámaras, capturando sus reacciones y la mía. Sonreí a aquellos rostros esperanzados, sintiéndome más tranquilo al ver que todas parecían contentas de estar allí.

—Alteza —me dijeron. Me giré y me encontré a Silvia, que levantaba la cabeza tras hacer una reverencia. Casi había olvidado que iba a estar allí, enseñándoles el protocolo, del mismo modo que me había enseñado a mí cuando era más joven.

—Hola, Silvia. Si no te importa, me gustaría presentarme ante estas jóvenes.

—Por supuesto —repuso ella, con una nueva reverencia. A veces resultaba demasiado teatral.

Paseé la mirada por la sala, en busca de aquella melena de fuego. Tardé un momento, ya que me distraían los brillos procedentes de todas las muñecas, orejas y cuellos de la sala. Por fin la encontré, unas filas por delante, mirándome con una expresión diferente a la de las demás. Sonreí, pero ella, en lugar de devolverme la sonrisa, parecía confundida.

—Señoritas, si no les importa —les dije—, las iré llamando una por una para hablar con ustedes. Estoy seguro de que todas están deseosas de desayunar, como yo, así que no les quitaré demasiado tiempo. Les ruego me disculpen si me cuesta aprenderme los nombres; son ustedes bastantes.

Algunas de las chicas soltaron unas risitas contenidas, y me alegró constatar que podía identificar a más de las que creía. Me fui a la jovencita del extremo derecho de la primera fila y le tendí la mano. Ella la cogió con ilusión y nos dirigimos a los sofás que habían colocado específicamente para aquel fin.

Por desgracia, Lyssa no era más atractiva en persona que en la foto. Aun así, se merecía el beneficio de la duda, así que conversamos.

—Buenos días, Lyssa.

—Buenos días, alteza —dijo, con una sonrisa tan amplia que debía de dolerle.

—¿Qué te parece el palacio?

—Es precioso. Nunca he visto nada tan precioso. La verdad es que todo esto es precioso. Vaya, eso ya lo he dicho, ¿no?

Sonreí.

—Está bien. Me alegro de que te guste tanto. ¿A qué te dedicas?

—Soy una Cinco. Todos en mi familia somos escultores. Aquí tienen unas piezas increíbles. Realmente preciosas.

Intenté mostrarme interesado, pero no me despertaba la más mínima curiosidad. Aun así, ¿y si pasaba a alguna de ellas por alto y luego me arrepentía?

—Gracias. Umm, ¿cuántos hermanos tienes?

Tras unos minutos de conversación en los que usó la palabra «precioso» no menos de doce veces, tuve claro que no necesitaba saber nada más de aquella chica.

Era hora de seguir adelante, pero sabía que sería cruel mantenerla allí, sabiendo que no tenía ninguna posibilidad. Decidí que empezaría con una criba allí mismo, en aquel mismo momento. Sería más justo para las chicas, y quizá también impresionara a mi padre. Al fin y al cabo, él mismo me había dicho que quería que empezara a tomar decisiones.

—Lyssa, muchas gracias por tu tiempo. Cuando haya acabado con todas, ¿te importaría quedarte un poco más para que pudiera hablar contigo?

Ella se sonrojó.

—Por supuesto.

Nos pusimos en pie, y me sentí fatal al intuir que ella había interpretado aquella petición al contrario de lo que era.

—¿Te importaría decirle a la siguiente que se acerque?

Ella asintió e hizo una reverencia; luego se fue junto a la chica que tenía a su lado, que reconocí inmediatamente como Celeste Newsome. Desde luego habría que tener muy pocas luces para olvidarse de aquel rostro.

—Buenos días, Lady Celeste.

—Buenos días, alteza —contestó, esbozando una reverencia. Tenía una voz almibarada, y enseguida me di cuenta de que muchas de aquellas chicas podrían acabar cautivándome. A lo mejor todas esas preocupaciones sobre la posibilidad o no de enamorarme de ellas no tenían sentido; tal vez el problema acabara siendo que me enamorara de todas y que fuera incapaz de escoger.

Le indiqué con un gesto que se sentara frente a mí.

—Tengo entendido que eres modelo.

—Sí —contestó, encantada al ver que ya me había informado sobre ella—. Sobre todo de ropa. Dicen que tengo buen tipo y que se me da bien.

Por supuesto, al oír aquellas palabras, me vi obligado a mirar el tipo del que hablaba, y desde luego era impresionante.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Oh, sí. Es sorprendente cómo la fotografía puede captar un momento particular de algo exquisito.

Aquello me llamó la atención.

—No sé si lo sabías, pero la verdad es que soy muy aficionado a la fotografía.

—¿De verdad? Pues deberíamos organizar una sesión en algún momento.

—Eso sería fantástico. —Ah, aquello iba a ser mejor de lo que pensaba. En

apenas diez minutos ya había eliminado a una candidata inviable y había encontrado a alguien con la que compartía una afición.

Probablemente podría haber seguido hablando con Celeste una hora más, pero tenía que acelerar las cosas si quería acabar antes de la hora de comer.

—Querida, siento cortar aquí nuestra conversación, pero tengo que veros a todas esta mañana —me disculpé.

—Por supuesto. —Se puso en pie—. Espero que podamos retomar pronto nuestra charla.

Aquel modo de mirarme... No sabría muy bien cómo definirlo. Me hizo ruborizar, y bajé la cabeza en una leve reverencia para disimularlo. Respiré hondo varias veces y me concentré en la siguiente chica.

Bariel, Emmica, Tiny y otras muchas fueron pasando. Hasta aquel momento, la mayoría eran agradables y educadas. Pero yo esperaba mucho más.

Pasaron cinco chicas más antes de que ocurriera algo interesante. Cuando me levanté a saludar a la morena delgadita que venía a mi encuentro, ella me tendió la mano.

—Hola. Soy Kriss.

Me quedé mirando la mano tendida y me dispuse a estrechársela, pero entonces la retiró.

—¡Oh, vaya! ¡Me he olvidado de hacer la reverencia! —reaccionó, levantándose y meneando la cabeza.

Me reí.

—Me siento tan boba... Lo primero que hago, y lo hago mal —dijo, pero borró aquello con una sonrisa, y la verdad es que fue encantadora.

—No te preocupes, querida —contesté. Con un gesto le indiqué que se sentara—. Ha habido cosas peores.

—¿De verdad? —susurró, contenta de oír aquello.

—No te daré detalles, pero sí. Al menos tú has intentado ser educada.

Abrió más aún los ojos, y echó un vistazo a las chicas, preguntándose quién podría haber sido maleducada conmigo. Fue una buena idea ser discreto y no contarle que la noche anterior alguien me había llamado superficial.

—Bueno, Kriss, háblame de tu familia.

—Es típica, supongo —repuso, encogiéndose de hombros—. Vivo con mi madre y con mi padre; los dos son profesores. Creo que a mí también me gustaría enseñar, aunque hago mis pinitos escribiendo. Soy hija única, y creo que por fin me estoy acostumbrando. Durante años les pedí a mis padres que me dieran un hermano, pero no quisieron.

Sonreí. Era duro estar solo.

—Estoy seguro de que sería porque querían concentrar todo su amor en ti.

Ella soltó una risita.

—¿Es eso lo que le han dicho sus padres, alteza?

Me quedé de piedra. Era la primera que me preguntaba algo a mí.

—Bueno, no exactamente. Pero entiendo cómo te sientes —respondí.

Estaba a punto de seguir con mis preguntas estudiadas, pero ella se adelantó:

—¿Qué tal está hoy?

—Bien. Todo esto me supera un poco —dije, en una muestra de sinceridad quizás algo excesiva.

—Por lo menos usted no tiene que llevar uno de estos vestidos.

—Pero imagínate lo divertido que habría sido si lo llevara.

Se le escapó una risa, y yo me reí con ella. Me imaginé a Kriss junto a Celeste: eran polos opuestos. Aquella chica parecía una persona perfectamente íntegra. Se nos acabó el tiempo y yo no había conseguido hacerme una idea completa de cómo era, porque ella no dejaba de centrar la conversación en mí, pero reconocí en Kriss a una persona buena, en el mejor sentido de la palabra.

Pasó casi una hora antes de que le llegara el turno a America. En todo aquel tiempo, desde las primeras chicas hasta llegar a ella, ya había encontrado tres candidatas firmes, entre ellas Celeste y Kriss; estaba seguro de que al público le encantarían. No obstante, la chica que pasó justo delante de ella, Ashley, me decepcionó tan estrepitosamente que me quitó todos aquellos pensamientos de la cabeza. Cuando America se puso en pie y se me acercó, era la única persona que tenía *in mente*.

Tenía un aire travieso en los ojos, fuera buscado o no. Pensé en cómo había actuado la noche anterior, y reconocí en ella a una rebelde.

—America, ¿verdad? —bromeé, mientras se acercaba.

—Sí. Y sé que he oído su nombre en algún sitio, pero... ¿me lo puede recordar?

Me reí y la invité a sentarse.

—¿Has dormido bien, querida? —pregunté, inclinándome hacia ella.

Sus ojos me decían que estaba jugando con fuego, pero en sus labios había una sonrisa.

—Sigo sin ser su querida —respondió—. Pero sí. Una vez que me he calmado, he dormido muy bien. Mis doncellas han tenido que sacarme de la cama. Estaba muy a gusto. —Eso último parecía una confesión, como si fuera un secreto.

—Me alegro de que estuvieras a gusto, querida... —iba a tener que corregir esa costumbre con ella—, America.

Ella apreció mi esfuerzo.

—Gracias. —La sonrisa desapareció de su rostro, y se quedó pensativa, mordiéndose el labio mientras buscaba qué decir—. Siento mucho haberme portado así —dijo por fin, aparentemente ajena a mis miradas—. Cuando me acosté me di

cuenta de que, aunque sea una situación extraña para mí, no debería culparle a usted. No es usted el motivo de que yo me vea envuelta en esto, y todo el montaje de la *Selección* ni siquiera es idea suya. —Era un alivio ver que alguien se había dado cuenta—. Además, yo estaba hundida y usted fue de lo más amable conmigo, aunque yo estuve..., bueno, odiosa. —Meneó la cabeza, como reprochándose algo, y observé que el corazón me latía algo más rápido—. Podía haberme echado anoche, y no lo hizo —concluyó—. Gracias.

Su gratitud me conmovió, pues sabía que era de las que no escondían nada. Eso me llevó a un tema que debía abordar si teníamos que seguir adelante. Me acerqué, apoyando los codos en las rodillas, adoptando un aire más informal y más intenso que con las anteriores.

—America, me has hablado muy claro desde el principio. Eso es una cualidad que admiro profundamente, y voy a pedirte que tengas la amabilidad de responderme una pregunta.

Ella asintió, vacilante.

—Dices que estás aquí por error, así que supongo que no quieres estar aquí. ¿Hay alguna posibilidad de que llegues a... sentir algo por mí?

Me dio la impresión de que jugueteaba con los volantes de su vestido durante horas mientras pensaba su respuesta, y quise creer que lo hacía solo por no mostrarse demasiado vehemente.

—Es usted muy amable, alteza —¡sí!—, y muy atractivo —¡sí!—, y detallista. —¡¡Sí!! Sonreí, poniendo cara de tonto, seguro, encantado por que viera algo positivo en mí después de lo de la noche anterior. Después añadió en voz baja—: Pero hay motivos de peso por los que no creo que pudiera.

Por primera vez, agradecí que mi padre me hubiera educado para mantener la compostura. Conseguí responder con serenidad:

—¿Quieres explicármelo?

Ella volvió a dudar.

—Me... temo que mi corazón está en otro lugar —dijo, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Oh, por favor, no llores! —le rogué, susurrando—. ¡Nunca sé qué hacer cuando las mujeres lloran!

Ella se rio por mi inutilidad en ese sentido, y se secó las comisuras de los párpados. Me alegré de verla así, despreocupada y genuina. Por supuesto, había alguien esperándola. Una chica tan auténtica como aquella seguro que tenía a algún jovencito espabilado pendiente de ella. No entendía muy bien cómo había acabado en la *Selección*, pero la verdad es que aquello no me preocupaba.

Lo único que sabía era que, aunque nunca fuera mía, quería que sonriera.

—¿Querías que te dejara ir con tu amado hoy mismo? —le ofrecí.

Ella me sonrió, y no fue una sonrisa forzada.

—Ese es el problema... No quiero ir a casa.

—¿De verdad? —Me eché atrás, pasándome los dedos por el pelo, y ella volvió a reírse de mí.

Si no me quería, ni tampoco le quería a él, ¿qué narices quería?

—¿Puedo ser absolutamente honesta con usted?

Por supuesto. Asentí.

—Necesito estar aquí. Mi familia necesita que yo esté aquí. Aunque solo me dejara quedar una semana, para ellos sería una bendición.

Así pues, aunque no luchara por la corona, yo sí tenía algo que ella quería.

—¿Quieres decir que necesitáis el dinero?

—Sí. —Al menos tenía la decencia de avergonzarse—. Y además hay alguien... —añadió, levantando la mirada— a quien no soportaría ver ahora mismo.

Tardé un segundo en encajar todas las piezas. Ya no estaban juntos. Ella aún le quería, pero no le pertenecía. Asentí, ahora que entendía lo que pasaba. Si yo hubiera podido escapar de las presiones de mi mundo por una semana, también lo habría hecho.

—Si tiene la bondad de dejar que me quede, aunque sea un poco, podría ofrecerle algo a cambio —dijo.

Aquello se ponía interesante.

—¿A cambio?

¿Qué diantres podía ofrecerme ella?

Se mordió el labio.

—Si deja que me quede... —Suspiró—. Bueno, a ver, hay que ser realistas: usted es el príncipe. Está ocupado todo el día, gobernando el país y todo eso. ¿Y se supone que va a encontrar tiempo para reducir la búsqueda entre treinta y cinco..., bueno, treinta y cuatro chicas, a una sola? Eso es mucho pedir, ¿no le parece?

Sonaba a broma, pero lo cierto es que había dado con la mayor de mis preocupaciones. Volví a asentir, interesado.

—¿No sería mucho mejor para usted si tuviera a alguien dentro? ¿A alguien que le ayudara? Como... ¿una amiga?

—¿Una amiga?

—Sí. Déjeme quedarme y le ayudaré. Seré su amiga. No tiene que preocuparse por mí. Ya sabe que no estoy enamorada de usted. Pero puede hablar conmigo en cualquier momento, y yo intentaré ayudarle. Anoche dijo que le gustaría tener una confidente. Bueno, hasta que encuentre una definitiva, yo podría ser esa persona. Si quiere.

Si yo quería... No me parecía que pudiera servir de mucho, pero al menos así podría ayudar a aquella chica. Y quizá disfrutaría de su compañía un poco más. Por

supuesto, mi padre se quedaría lívido si se enteraba de que iba a usar a una de las chicas con tal propósito..., lo cual hizo que la opción me gustara aún más.

—He hablado con casi todas las chicas de esta sala y no se me ocurre ninguna que pudiera ser mejor como amiga. Estaré encantado de que te quedes.

La tensión de su cuerpo pareció desvanecerse al instante. A pesar de saber que su afecto era algo inalcanzable para mí, no pude evitar sentir la tentación de luchar por conseguirlo.

—¿Tú crees —bromeé— que podría seguir llamándote «querida»?

—Ni hablar —me susurró.

No sabría decir si lo decía en serio o no, pero sonó como un desafío.

—Seguiré intentándolo. No tengo costumbre de rendirme.

Ella puso una mueca, casi de fastidio, pero no exactamente.

—¿Las ha llamado así a todas? —preguntó, indicando con un gesto de la cabeza a las otras.

—Sí, y parece que les gusta.

—Ese es precisamente el motivo por el que no me gusta a mí.

Se puso en pie, poniendo fin a nuestra entrevista, y no pude evitar sonreír de nuevo. Ninguna de las otras chicas había decidido ella misma acabar con la charla. La saludé inclinando un poco la cabeza. Ella me respondió con una reverencia algo forzada y se alejó.

Me quedé sonriendo, pensando en America, comparándola con las otras chicas. Era guapa, aunque quizás algo brusca. Era de una belleza poco común, y estaba claro que ella misma no era consciente de ello. No tenía aquel porte... aristocrático, pero desde luego su orgullo le daba un aire distinguido. Y, por supuesto, no me deseaba en absoluto. Aun así, yo tenía cada vez más claro que quería intentar ganármela.

Y así fue como acabó el primer acto de la *Selección*, con una concesión a mi favor: si ella seguía allí, al menos tendría la ocasión de intentarlo.



KIERA CASS. Creció en Carolina del Sur y en la actualidad vive en Blacksburg, Virginia, con su familia. Se graduó por la universidad de Radford en Historia.

Kiera Cass es conocida por sus libros dedicados a la literatura para jóvenes adultos, siendo *La Selección* su primera novela publicada en castellano. También ha publicado *La Elite* segunda parte de la saga *Selección* y la novela de fantasía que auto-publicó *The Siren* que todavía no ha sido traducida al castellano.

En su tiempo libre a Kiera le gusta leer, bailar, hacer videos y comer grandes cantidades de pastel.